

Extraordinario éxito del estreno de la obra ELLA Y LA NOCHE, de J. Llacuna Poch

Con un lleno casi completo tuvo lugar, por la noche de S. Jaime, en el teatro anexo a F. E. T. y de las J. O. N. S., el estreno de la comedia dramática original del joven escritor local Jaime Llacuna Poch, cuya facilidad literaria es ya conocida en la ciudad. A continuación sigue un estudio literario de la obra, por Claudio Colomer Marqués, limitándonos nosotros a reseñar brevemente la actuación de los intérpretes.

La señorita Montagud hizo una interpretación magnífica de su difícil papel de Paulina que, por ser central, llevó casi todo el peso de la obra. En el final del 2.º acto estuvo maravillosa; no se le podía pedir más. Su talento le permitió comprender el alma del personaje que tenía encomendado y con ayuda de un acusado temperamento artístico logró una labor que no cabía esperar de una actriz no profesional y novel por añadidura.

El señor Arnau, ajustado, sóbrio y con mucho carácter en el papel de Víctor. Nos gustó especialmente en el 2.º acto al exponer, con declamación impecable, el ambiente en que se mueve y el modo como él interpreta la vida, al intentar justificarse ante Paulina.

También estuvo formidable el señor Clotet. A su proverbial dominio de la declamación ha unido esta vez un calor y una precisión en el gesto, que le permitieron sacar del papel un partido insospechado. No recordamos otra actuación suya tan feliz.

Magnífica la actuación de las señoritas Garrut-Llorens y la del señor Gubern, en sus respectivos papeles.

Descollaron notablemente las señoritas Cladellas, Miyares y Morera, y los señores Gómez y Ribó.

Los demás intérpretes, señoritas Vilardebó,

Cobera, Gurrú, Lorenzo, Fontseré, Deulofeu y Figueras y señores Guadalupe, García, Llobet, Munne, Miralles, Creus y Causa, cumplieron como buenos, sacando de su papel respectivo cuanto daba este de sí y contribuyendo eficazmente al éxito con su entusiasmo y disciplina.

Muy acertada la dirección del señor Arnau, a la cual nos tiene ya acostumbrados. Al final de la representación pronunció unas palabras que fueron muy celebradas por el público, al expresar breve e ingeniosamente su fe en el porvenir de Llacuna. Es digno de elogio el cariño con que él y sus colaboradores han acogido la obra de aquel y el empeño que han puesto en que triunfara.

La presentación muy cuidada, sobresaliendo los magníficos decorados pintados expresamente para esta obra por el notabilísimo escenógrafo barcelonés, señor Pou, que tan buenas y antiguas amistades tiene entre nosotros.

El público expresó cumplidamente su complacencia aplaudiendo entusiastamente al autor e intérpretes en varios momentos, en particular al finalizar el 2.º acto y al terminar la representación en que obligó repetidamente al autor a salir al escenario.

J. B.

ELLA Y LA NOCHE

ENSAYO Y DESCRIPCIÓN

Por C. COLOMER MARQUÉS

Ensayo: El autor

En un método de rigurosidad lógica, todo estudio de una obra debe comenzar por la de su autor. Ya la escolástica señaló que el pensamiento es expresión de la interioridad sentimental y vital de cada uno. La íntima biografía de los hombres explica siempre el por qué y la razón de sus obras. Unamuno decía que no suelen ser nuestras ideas las que nos hacen optimistas o pesimistas, sino que es nuestro optimismo o nuestro pesimismo, de origen fisiológico o patológico quizás, el que hace nuestras ideas.

Este es el caso en que nos encontramos. Si queremos analizar concienzudamente la obra «Ella y la noche», hemos de proceder primero a desentrañar algo la complicada personalidad de Llacuna. Pero, para ello, nos hallamos con unos inconvenientes y unas facilidades. Inconveniente es el tener que hacer este estudio en una localidad en que, como todas las de su categoría, nos conocemos todos. Pero sólo superficialmente, nos conocemos o nos desconocemos a través de la tertulia del aperitivo o del café. Por lo que nuestras palabras corren el inminente riesgo de ser interpretadas por lo que no quieren decir y servir de cuchufleta de velador ya no para mí, sino lo que sentiría más, para mi excelente y admirado amigo Jaime Llacuna. Facilidad, por otro lado, es el trato directo, constante y a través de mil detalles y desacuerdos, con el escritor de que me ocupo; lo que hace que crea conocer sus más íntimos arcanos sentimentales. Sus ideas creencias y sus ideas ocurrencias, que diría Ortega y Gasset.

Me limitaré tan sólo y en aras de la discreción, a reproducir algunos conceptos de aquel perfil autobiográfico que insertó en su libro «Perfiles Granollerenes». Dice «un algo excéntrico y de niño en el alma». Exacto, pero excentricidad de locura, no de tontería. Y digo locura, en el sentido unamuniano de personalidad diferente o diferenciada. En aquel sentido que también le emplea el decano, en méritos, de los actores locales, Jaime Arnau, cuando con una profundidad para muchos no columbrada, dice que Granollers tiene suerte de sus acaudados. Ya que una población sin esas cabezas distintas, muere de la asfixia industrial o de la soledad del campo. Locura que deja de ser tal en cuanto se hace colectiva, en cuanto es locura de todo un pueblo, acaso de todo el género humano. El fenómeno del baile, acerca del cual me he comprometido a escribir unos artículos, no es en definitiva nada más que una locura colectiva, socializada, por lo tanto sin mérito, irrelevante. Una revolución es también un caso de locura común, de alucinación general.

«Sumergido en su cueva — dice de sí mismo Llacuna — escribe comedias y no

velas eternamente inacabadas; y hace versos por pura necesidad: si un día no pudiese dar a luz alguna reacción interior de las que con frecuencia le atormentan, moriría intoxicado.» He aquí una definición total y completa del artista. Por pura necesidad escribe. No por cálculos más o menos interesados. Estos vendrán, en todo caso, después. Cuando escribe, cuando crea, es pura necesidad. Y el que no crea por pura necesidad, no es artista; será un falsario del arte. Sin calcular si sus cuadros serían pagados o no, pintaba el Greco y todos los pintores que auténticamente han sido. Sin meditar si sus composiciones las aceptarían, Beethoven, como hizo resaltar Luis Palá en una conversación de un entreacto de la obra que nos proponemos comentar, escribía sinfonías. Murió en la indigencia. Posteriormente, el valor de los bustos que de él corren por el mundo, serían suficientes para convertirlo en uno de los hombres más acaudalados. No queremos decir que eso siempre ocurra igual. Hoy día esos casos son rarísimos. Muchos se han hecho millonarios con su arte, ej. Zuluaga. Sólo lo citamos para facilitar la comprensión de lo que es el verdadero artista. Hace arte, reproduce lo creado, por necesidad vital, como un solemne cántico de alabanza que dirige a Dios. Al par que él se eleva de lo simplemente humano y se acerca a la divinidad, al hacer con su propio esfuerzo algo que, aún que remotamente, nos hace recordar la naturaleza, espiritual o material, que Dios, en un aura de amor y humildad, creó.

Continúa la nota autobiográfica: «Irregularidad en el paisaje del carácter: hoy, un atardecer de invierno, duro, triste; mañana, una aurora, una canción, un jardín en primavera». ¡Que bien te conoces literato! ¿Que eres sino una lucha constante entre tu ser de artista y tu no ser de las necesidades que se te imponen? ¿Acaso no comprendías tu filosofía maniquea en aquel diálogo, franco y generoso, entre Paulina y Víctor, del segundo acto? ¿Como sería posible que hubieses jamás escrito un alegato tan cabal, según la opinión de los hombres masa, en favor de la posición económica, a no ser que sentías latir en tí uno de esos «atardeceres de invierno, duros y tristes»? ¡Y como te tambaleas frente al enemigo! «Si fuera así ¡que terrible!», exclama Paulina. Pero no caes. Defiendes tu posición con valentía, tu inspiración literaria te salva. Después del formidable final de ese segundo acto, pudimos ver que en los ojos de algunas damiselas, muy comprensivas, muy identificadas contigo, se asomaban bellísimos aljofares.

«En el fondo debe tener un buen corazón», te dices de tí mismo. Pero ¿por qué dudas? ¿Por qué «en el fondo» y por qué

«debe»? ¡Pobres! Sé valiente. ¿Acaso no sabes donde agarrar tu personalidad? ¿Buscas una verdad trascendente? Quieres y anhelas la bondad y dudas de hallarla dentro de tí mismo. Tu verdad y tu bondad la exiges que sea de ultramundo, de sobrenaturalidad. Te desentendes del mundo material. «Tiene el humor de soñar ideales», afirmas de tí. Decididamente no eres hombre del Renacimiento. No eres un intelectual al viejo estilo. Eres un hombre de nuestra generación. Inquieto, ansías ser distinto de lo que eres. Inquieto, sientes confianza y luego a luego desconfianza contigo mismo. Estas son las características que Azorín señala a la inquietud. Pero antes que nada eres de los nuestros, de los que padecemos la actual crisis histórica. De los que nos es insuficiente lo humano, lo natural para obviar nuestros problemas y necesidades vitales. Allí, en lo sobrenatural y sobrehumano divisamos la solución de nuestra propia vida. Nos entendemos. Llacuna, nos entendemos. Por eso, en este abrazo fraternal de nuestra común comprensión, permítame que tranquilice tu espíritu. ¡Como no has de ser bueno! Duda, duda de tí pero no de tus ideales. Ellos son el patrón de tu bondad. Jamás te quieras azacarar tras la semejanza o desemejanza con los demás hombres. Eres tú y el ideal que te has forjado. Los otros no son ellos, son lo que los demás los han hecho, han recibido y aceptado las convicciones en orden al mundo de los demás. He aquí la gran diferencia.

Esa es la personalidad del autor de «Ella y la Noche»: diferenciación, artista auténtico, lucha constante entre el ser ideado y el ser material, inquietud y bondad. Su personalidad se corresponde exactamente con la obra. No olvidemos que es la primera obra de teatro en grande que Llacuna ha escrito, por lo tanto, no hemos de extrañar que en la misma volque con toda franqueza, su ser auténtico. Vamos a ver esa correspondencia.

Descripción: La obra

Diferenciación, artista auténtico, lucha constante entre el ser ideado y el ser material, inquietud y bondad; he aquí los caracteres del autor. Originalidad, estilo propio, problema e incompatibilidad de personalidades, duda, moralidad a todo trance; esas las notas distintivas de «Ella y la Noche».

El numen de Llacuna es esencialmente original. Destaquemos tan solamente el impresionante final del segundo acto. En cuanto a técnica teatral, es lo más logrado de la obra. Sus efectos emolientes son casi incontenibles. El tema, por su aparente intrascendencia, también es absolutamente auténtico. Un drama psicológico. Un conflicto temperamental entre un matrimonio se ha puesto de relieve hasta hacer imposible la coexistencia.

Para el uno, el gran mundo, los negocios, el dinero. Para el otro, la intimidad, la vida familiar, el hogar. «Señor ¡dadme un hijo!». El marido no puede más: el sosiego de una mañana pasada en casa le asfixia. Está pendiente de fabulosos negocios que se han de dirigir y encauzar a cada instante. La mujer intuye que su marido no vive aquellos ratos en que casualmente está en su compañía. Lo sabe alejado, pensando en su mundo. Ella, horas y más horas, días y más días, recluida en el hogar. El, de viaje en viaje, fuera, siempre fuera. Sus quehaceres, sus empresas. Aquella la soledad y la defensa difícil de su integridad moral, acechada constantemente por amantes, entre los que está su antiguo novio, ahora ya padre de familia. Aquél la vida activa, dinámica, pensando circunstancialmente con la esposa, ya que sus innumerables negocios reclaman toda su persona, toda su atención. Este es el ambiente y este es el asunto de la comedia.

Aciertos, muchísimos. Destaquemos la intervención en el desarrollo de la comedia de los pensamientos de los protagonistas. El «truco» escénico es hábil, en algo nos recuerda los procedimientos cineastas. Explicado con la máxima llaneza, consiste en dejar el escenario completamente oscuro, con sólo un reflector que ilumina la cara, sucesivamente, de los protagonistas, los cuales en voz alta van diciendo lo que fingen pensar. En la obra se usa dos veces de este procedimiento para hacer avanzar la trama. No obstante, en la primera vez, que es en el segun-

do acto, contó hasta cuatro intervenciones, seguidas, de cada uno de los protagonistas. Me parece excesivo, máximo cuando casi en todas cuatro se repite la misma idea. Esto, como se puede colegir, es de solución fácil. Basta hacer servir un lápiz para tachar lo que sobra.

Es un verdadero acierto en obra de tal naturaleza haber dado, con una salida como la que comentamos. Comedia como ésta, en la que predomina lo interno más que lo descriptivo, habría sido muy difícil de realizarla sin esa simplificación.

El primer acto se inicia con unas escenas de balneario magistralmente trabajadas. Chistes y agudezas de fácil comprensión; diálogo rápido y cortado. Una escena en la que el autor destaca el «snobismo» de muchos de los que asisten a los conciertos, muy bien escrita y acabada.

También el tercer acto tiene su nota cómica que, como en el primero, fluye sin ninguna violencia del asunto central. Al contrario, lo destaca, al contrastar el carácter de Paulina con el de las esposas de los colaboradores de su marido. Una chica joven, sobrina de uno de esos señores, escritora de poesía futurista, crea situaciones de fina comicidad. Su teoría sobre la psicología de los coches, es verdaderamente graciosa.

Con todo, quizá la obra de Llacuna adolece un poco de demasiada seriedad. En el segundo acto hace falta la nota de la doncella distraída, o del criado atontado, o cualquier otro recurso para amenizar con risa las situaciones dramáticas que a través del mismo se producen. Quizás el autor no ha hecho intervenir uno de esos tipos, por su alto concepto que tiene de la dignidad literaria y de la originalidad. Pero, aunque sea un lugar común, gusta al público y a éste debe hacerse alguna concesión. Este defecto que señalamos es asimismo de fácil arreglo.

El delicioso y musical estilo de Llacuna campea en toda la obra. Las palabras fluyen de una manera natural de sus personajes. No es estilo de grandes y brillantes imágenes, pero tampoco esas se emplean en el lenguaje corriente. Es un estilo correcto y que sabe variar su construcción según los personajes. Señalamos las palabras que pronuncia el jardinero en el tercer acto. Son una bella muestra de fluencia estilística a la par que contienen un pensamiento eminentemente elegante.

Asimismo, al contrario de lo que acontece en buena parte del teatro moderno, la protagonista de la obra es de una rectitud moral intachable. O sea, Llacuna, sin querer cerrar los ojos a la realidad circundante, se complace en destacar la belleza moral como el máximo mérito de su Paulina. En cambio, en aquellas mujeres de sociedad, que pinta venales y bnales, no duda en dejar entrever rasgos de moralidad dudosa. El marido es el que paga los coches, los abrigos de pieles y demás necesidades de su feminidad. Pero mientras él está ocupado en los negocios, «un flirt», «sin trascendencia», ayuda a pasar el tiempo de un modo más agradable.

Tres son los caracteres de hombres que Llacuna perfila. Víctor, el hombre dinámico, poseído por la ambición, no gusta de las intimidades del hogar; ha nacido para la emoción del negocio y de la ganancia. Ernesto, es un personaje normal al que la pasión, el amor de mujer ciega y le hace capaz de sacrificar su propia familia y su posición. Franz, el director de la orquesta del sanatorio, es el artista que aprecia la belleza de lo íntimo; es el hombre ponderado que sabe comprender a la mujer y soñar con ella paisajes de amor y armonía. Los tres tienen toda una personalidad bien delimitada. El autor muestra toda la psicología de sus personajes. Es por ello que la obra resulta en todo momento agradable y las situaciones se aparecen nítidas y fáciles a la comprensión.

Reiteramos al amigo Llacuna nuestra más entusiasta felicitación. Esta obra ha demostrado una vez más la auténtica madurez de escritor que posee. Tiene grandes posibilidades y sería lamentable que se vieran truncadas por las enormes e injustas vallas que se oponen a los autores noveles. «Ella y la noche» es una obra que tiene altura más que suficiente para merecer los honores de su estreno por una excelente compañía profesional. Y si eso se lograra, no dudo un momento que la obra gustaría al público y se mantendría en los carteles. No sólo

(Continúa en la página 2)